

DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA, JOAQUÍN LUQUE
INAUGURACIÓN OFICIAL DEL CURSO ACADÉMICO 2009-2010

Paraninfo, 26 de septiembre de 2009

El que iniciamos esta mañana de otoño no es un curso cualquiera. Sean pues mis primeras palabras para expresarles a todos mi más cordial bienvenida, no sólo a un nuevo año académico, sino también al Espacio Europeo de Educación Superior. Para la Universidad de Sevilla y para su comunidad de estudiantes, profesores, y personal de administración y servicios, hoy es el primer día del camino real hacia la convergencia educativa con Europa. Un recorrido que esperamos no sea largo ni decepcionante, sino fructífero y ajustado en el tiempo. Bolonia, como he repetido en numerosas ocasiones, no acaba con la puesta en marcha de los primeros grados, sino que empieza justamente en este curso.

El concepto de Europa, que se gestó en las universidades —por cierto, también en la nuestra— estaría incompleto si no fuésemos capaces de articular un sistema educativo común. Comenzamos una nueva singladura educativa repleta de retos y exigencias. Bolonia no implica un mero cambio metodológico o una estructuración diferente de las asignaturas, sino una clara apuesta por la movilidad, la internacionalización y la calidad en todos los procesos: formativos, investigadores y de relación con la sociedad.

Es la nueva Universidad, la que se convierte en piedra angular de la Sociedad de la Comunicación y del Conocimiento, como nos ha dibujado brillantemente el profesor Vázquez Medel en su excelente lección inaugural. ¡Enhorabuena, Manuel Ángel! Felicidades que hago extensivas a la Facultad de Comunicación, no sólo por su vigésimo cumpleaños, sino también por el gran esfuerzo que está realizando para convertirse en una referencia nacional e internacional. En estas dos décadas la Facultad de Comunicación ha dado un salto de gigante y ha sabido responder a los retos tecnológicos y formativos que plantea la Era de la Información.

El discurso del profesor Vázquez Medel se aparta de la lección especializada y aborda un tema tan complejo como atractivo: el papel de la Universidad del Siglo XXI en la Sociedad de la Comunicación y del Conocimiento. Es la reflexión sincera de un gran teórico, que nos ilumina a aquellos que, sin renunciar a la reflexión profunda, tenemos además encomendada la tarea de dirigir la universidad en estos años de cambios tan significativos.

Lleva razón: Universidad, Comunicación y Conocimiento son conceptos íntimamente ligados, que encierran el verdadero sentido de nuestra función académica. Nuestro papel como universitarios es la búsqueda permanente de la verdad, la generación de conocimientos y su difusión a la sociedad. El profesor Vázquez Medel nos ha recordado que en las insignias y símbolos universitarios los conceptos

más utilizados son Luz y Verdad. En cierta forma somos como la Prensa, como ese Periodismo ideal que hace poco dibujaba Carlos Fuentes.

Para el escritor mexicano, “la Prensa tiene que ser verdad”. Y agregaba, jugando con una afirmación de García Márquez, que “mientras que a la Literatura hay que dejarle la verdad de la mentira, a la prensa hay que prohibirle la mentira de la verdad”. Platón nos recuerda que el conocimiento es aquello necesariamente verdadero. Y Jacques Derrida, citado por nuestro catedrático de Comunicación, indica que “la Universidad hace profesión de la verdad. Declara y promete un compromiso sin límite para con la verdad”.

En una de sus numerosas incursiones en la Web, el profesor Vázquez Medel aborda el núcleo de la misión educativa con una preciosa cita de Polo de Medina, un escritor murciano del siglo XVII que conecta con la vieja escuela filosófica que desarrolla los trascendentales del ser: la verdad, la bondad y la belleza. Afirma este poeta barroco que “educar es cultivar a un tiempo el conocimiento de lo verdadero, la voluntad de lo bueno y la sensibilidad de lo bello”.

Al igual que la Prensa, la Universidad debe ser muy celosa de su autonomía y de su libertad. Sólo una institución independiente puede formar hombres y mujeres críticos; y apostar por la investigación sin mirar exclusivamente sus resultados mercantiles. Sólo una Universidad libre, sin interferencias del poder político o económico, puede educar a seres libres; personas comprometidas con el bien general.

Libertad y autonomía no significan que la Universidad funcione al margen de la sociedad. Que no atienda las legítimas aspiraciones ciudadanas de una formación ajustada a las demandas profesionales; que no fomente la investigación que busca ofrecer soluciones rápidas a problemas reales; o que no potencie su política de transferencia de resultados. Tampoco presupone que queramos evitar la supervisión democrática de una sociedad que financia con sus impuestos y matrículas a la Universidad Pública. No: tan sólo queremos que no se adultere el verdadero sentido de la institución universitaria y que la Universidad pública se gobierne **exclusivamente** sobre criterios de calidad, excelencia y búsqueda del interés general.

Numerosas voces han recordado, sobre todo desde que la crisis hizo que las miradas de esperanza se dirigieran hacia la Universidad, que no existe otra institución más antigua y acreditada para la creación de conocimientos. Volvemos de nuevo a la trilogía Universidad, Conocimiento y Comunicación. Si la base que sustenta la sociedad del siglo XXI es el Conocimiento, la Universidad debe ser el centro de gravedad, el núcleo al que se dirijan las atenciones prioritarias. Dicho con otras palabras, la inversión en educación superior debe entenderse siempre como una apuesta estratégica.

El profesor Vázquez Medel ha hecho referencia en su discurso a las dudas e incomodidades que el proceso de Bolonia ha generado en los universitarios. “Sé que muchos dirán que no creen, que no

tienen fe en el proceso que ahora comenzamos”, ha dicho nuestro catedrático de Comunicación, para agregar a continuación esta frase de Ortega: “Vengo aquí con entusiasmo. Con mucho entusiasmo, pero sin mucha fe”. Permítanme que juegue yo también con la antítesis entre fe y entusiasmo aunque, esta vez y con permiso de Ortega, en sentido contrario.

A este Rector le sobra fe en la bondad y necesidad de la convergencia educativa con Europa. Mi fe en la idea de una Europa unida y fuerte, no sólo en el terreno político o monetario, es bien firme. Creo en una Europa más allá del carbón y del acero, más allá del euro y la libre circulación de capitales, más allá de un espacio de seguridad y defensa común, más allá de una ciudadanía compartida. Creo sin fisuras en la Europa de la Cultura y de la Educación. Una Europa que hunde sus raíces en valores e ideas comunes. Me identifico con la Europa de Cervantes, Shakespeare y Dostoievski; la de Aristóteles, Descartes, Kant y Nietzsche. Me siento compatriota de Beethoven, Verdi y Tchaikovsky; de Copérnico, Newton, Darwin y Gödel. Asumo los valores europeos de libertad, tolerancia y seguridad jurídica. Estoy convencido de que el despegue de nuestro país se produjo cuando se abrió al Viejo Continente y que nuestro ingreso en la Unión Europea es causa directa del bienestar social y económico que hemos alcanzado en los últimos años. Tengo fe plena en los ideales del Espacio Europeo de Educación Superior y, por esa fe, os he alentado para que no demorásemos nuestro enganche con el futuro.

Pero, al contrario que Ortega, he llegado hasta aquí con más fe que entusiasmo, sin esa “adhesión fervorosa” que el Diccionario de la Real Academia me reclamaría. Debo reconocer y denunciar que el camino previo a Bolonia no ha sido fácil ni coherente. Al contrario de lo que muchos podrían pensar, las principales dificultades que hemos tenido que sortear no han sido las protestas estudiantiles o las tensiones generadas por la elaboración simultánea y precipitada de más de 30 títulos de grado.

A pesar de nuestra fe, no se nos puede demandar entusiasmo con un arranque tan tardío y vacilante del proceso de adaptación al Espacio Europeo de Educación Superior. La declaración de Bolonia es de junio de 1999. Significa que se firmó hace más de 10 años. Sin embargo, el real decreto que ordena las nuevas enseñanzas es de 2007 y la orden ministerial que regula las ingenierías es de febrero de 2009. Hasta mediados de julio del pasado año no se aprobaron los criterios de las comisiones de rama andaluzas que permitían elaborar las nuevas propuestas de grado. Y aún, a día de hoy, no se ha clarificado definitivamente el horizonte de las ingenierías en Andalucía. Si se hubieran aprovechado los primeros años de esta década en perfilar el camino europeo de la Universidad española, en vez de generar tensiones internas con una legislación impuesta sin consenso, no habríamos tenido estas prisas y dudas.

Nos ha faltado entusiasmo cuando hemos tenido que asistir a los continuos cambios de ministros y los vaivenes en la incardinación de la Educación Superior en diferentes estructuras administrativas.

Nos ha faltado entusiasmo al comprobar que, a pesar de la reiterada demanda de las universidades, la línea informativa sobre Bolonia desde las esferas del poder político ha sido raquítica.

Nos ha faltado entusiasmo ante una aportación financiera absolutamente cicatera. Bolonia no es posible a coste cero, como estamos cansados de repetir los rectores y han reconocido los responsables administrativos. Pero de momento lo está siendo.

Nos ha faltado entusiasmo ante el desamparo en el que nos hemos visto las universidades y sus equipos de gobierno. En soledad hemos tratado de resolver los problemas planteados por la contestación social frente a una decisión que no tomamos nosotros.

Nos ha faltado entusiasmo al ver la desconfianza con la que se han tratado desde la administración las propuestas surgidas desde las universidades. Nuestra diligencia a la hora de confeccionar los nuevos grados y la energía que hemos tenido que desarrollar en pocos meses tampoco han tenido la correspondencia de un sistema de verificación eficiente. Las agencias de evaluación necesitan nuevas directrices y reglas claras que las alejen de la posible arbitrariedad y de la extralimitación de funciones. El nombramiento de expertos para que juzguen y certifiquen la calidad de unos planes de estudio es una decisión saludable y oportuna. Pero su trabajo debe partir de la confianza plena en las Universidades y en la experiencia acumulada —que en nuestro caso, recuerdo, es de cinco siglos—; sin poner nunca en riesgo la autonomía de la institución universitaria en la definición de lo académico.

Pues bien, a pesar de esa inducida falta de entusiasmo, hemos trabajado con intensidad y lo seguiremos haciendo por la construcción europea en el ámbito educativo. La Universidad de Sevilla es la universidad andaluza que ha realizado los mayores y más generosos esfuerzos para cumplir el compromiso de la convergencia.

Soy consciente de las dificultades superadas y agradezco el tremendo esfuerzo que el conjunto de la comunidad universitaria ha desplegado para lograrlo. Pero también soy consciente del camino que nos queda por recorrer juntos, y de los miedos y recelos que genera una reforma de tanto calado. Estoy convencido de que, cuando las nuevas titulaciones adaptadas al Espacio Europeo de Educación Superior se encuentren en pleno funcionamiento, apreciaremos con claridad las ventajas del nuevo sistema.

No nos asusta el compromiso europeo. Todo lo contrario, porque nuestra prioridad ha sido y será siempre la excelencia en todas nuestras actividades y proyectos. El objetivo fundamental del curso que iniciamos hoy, además de completar el mapa de titulaciones adaptadas al Espacio Europeo de Educación Superior, es alcanzar el reconocimiento del proyecto de la Universidad de Sevilla como Campus de Excelencia Internacional.

Nuestra candidatura a figurar entre los primeros campus españoles que competirán con las mejores universidades internacionales y que servirán de locomotora para todo el sistema público universitario es sólida y está avalada por parámetros incuestionables en docencia, investigación y transferencia tecnológica al tejido productivo. Sólo una decisión arbitraria o un reparto de nominaciones

sobre criterios diferentes a los de excelencia y proyección de futuro, podría aplazar —nunca evitar— nuestra certificación como Campus de Excelencia Internacional.

En todos los parámetros y rankings —absolutamente todos— relacionados con número de estudiantes nacionales e internacionales, investigación, transferencia tecnológica, cooperación, relaciones con el tejido productivo, titulaciones, centros, y calidad docente, estamos entre las primeras universidades españolas.

El pasado curso académico realizamos un gran esfuerzo de diálogo y consenso en dos grandes frentes: la elaboración de seis reglamentos generales y la aprobación de 32 títulos de grados y 10 másteres oficiales. De nuevo el reto pasa por estos dos escenarios. Nos queda completar el mapa de Bolonia y acabar el desarrollo estatutario. El camino no será fácil, pero ya superamos el año anterior los tramos más complicados y demostramos nuestra capacidad de trabajo y de entendimiento.

Para este curso, como he dicho, nuestra prioridad es la excelencia. Convertirnos en Campus de Excelencia Internacional sería el mejor impulso para completar durante estos meses el catálogo de títulos adaptados al Espacio Europeo y continuar el desarrollo estatutario. El potencial de nuestra Universidad, sobre todo en el ámbito de los másteres es enorme. Queremos duplicar este curso el número de los 34 másteres oficiales impartidos el curso pasado. También ampliaremos nuestro catálogo de titulaciones con nuevos estudios como Ingeniería de Caminos, el Grado de Humanidades o el de Conservación y Restauración del Patrimonio. Además, continuaremos con nuestra línea de fomento de las dobles titulaciones en todas las áreas del conocimiento, desde las Humanidades hasta las Ingenierías.

En el Claustro se impulsarán los nuevos reglamentos generales de Investigación, Régimen Económico y Presupuestario, Personal Docente e Investigador (en la medida que el Estatuto nacional lo permita), así como la Reforma del Reglamento de Régimen Electoral. Sin olvidarnos de la petición de un grupo de claustrales de revisar, si fuera necesario, el Reglamento de Estudiantes.

Desde el punto de vista docente impulsaremos el cambio metodológico que demanda Bolonia, implantaremos los Sistemas de Garantía de Calidad de nuestros Títulos y completaremos nuestro sistema de Evaluación de la Docencia. Igualmente, continuaremos con nuestra singular y afortunada política de promoción del profesorado. Sólo es posible la excelencia si contamos con los mejores docentes, con los profesores más motivados e ilusionados. Me siento particularmente satisfecho de haber sabido diseñar una política de profesorado que pasa por dibujar un horizonte claro en el que el futuro profesional de cada profesor depende casi exclusivamente de su esfuerzo y de su tesón.

En el apartado de las infraestructuras seguiremos construyendo Universidad y construyendo ciudad. Sevilla es nuestro Campus y nuestra gran apuesta. La apertura del Campus de Pirotecnia y la rehabilitación de la degradada zona de Perdigones son dos claros ejemplos de cómo la Universidad se integra en Sevilla y ayuda a vertebrarla. Todos nuestros proyectos, absolutamente todos, están inspirados

en la calidad docente y en la voluntad de servicio a los ciudadanos. A lo largo del curso que empieza finalizarán las obras de la nueva Facultad de Ciencias de la Educación; concluiremos la ampliación de la Facultad de Odontología; se inaugurará el Instituto de Biomedicina de Sevilla en el futuro campus sanitario, junto al Virgen del Rocío; e iniciaremos los trabajos del Centro de Transferencia Tecnológica en la Isla de la Cartuja.

En el terreno de las Relaciones Internacionales hemos puesto en marcha, de la mano del Consorcio de Turismo del Ayuntamiento de Sevilla, un proyecto pionero que hemos llamado Visit-US, para que familiares y amigos de los **dos mil** estudiantes extranjeros que este año tenemos con nosotros puedan conocer nuestra Universidad y nuestra ciudad. Del mismo modo, un número similar de alumnos de la Universidad de Sevilla, la mayoría dentro del programa Erasmus, cursarán este año sus estudios fuera de nuestro país.

Además de la movilidad internacional de nuestros estudiantes, seguiremos potenciando la de profesores y PAS. Nuestro posicionamiento internacional pasa por captar los mejores alumnos y los profesores más excelentes, pero también por impulsar nuestra responsabilidad social, fomentando políticas de Cooperación al Desarrollo.

Nuestra labor de difusión de la cultura y de apoyo a todas las manifestaciones artísticas, especialmente a las de vanguardia y de difícil salida comercial, no tiene descanso. Este año durante los meses de verano el CICUS (Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla) desarrolló el programa 21 grados, que ha sido todo un éxito de público y de capacidad organizativa. En este campo seguiremos creciendo con la incorporación de nuevos espacios culturales, como el edificio de Madre de Dios, la Iglesia de la Anunciación, y la suma de proyectos culturales de gran impacto dentro y fuera de la comunidad universitaria. Igualmente seguiremos desarrollando y ampliando nuestra oferta deportiva durante este curso en el que finalizarán las obras del Pabellón Deportivo de Bermejales.

Otra de nuestras preocupaciones y ocupaciones básicas será la reducción de la tasa de empleo temporal del Personal de Administración y Servicios, que debe quedar por debajo del ocho por ciento. Del mismo modo, impulsaremos en Andalucía la negociación de la carrera horizontal del personal de administración y servicios. En este sector, pilar básico de la Universidad, nuestra apuesta es por la calidad de todos los servicios. Por ello facilitaremos la consecución del tercer tramo del complemento de calidad a todas las unidades.

Al conjunto de la comunidad universitaria seguiremos ofreciendo desde el SACU multitud de programas de atención, destacando para este curso el inicio de los trabajos de la nueva residencia universitaria en Pino Montano, así como nuestra vocación de centrarnos sobre todo en apoyar a los más necesitados y de forma especial, a los alumnos con discapacidades.

Es cierto que nos movemos en un escenario de austeridad y estamos obligados a ser mucho más imaginativos y eficientes con nuestro presupuesto. Como ha dicho Fuensanta Coves: “Una crisis de este calado no tiene cordones de seguridad y nadie puede considerarse al margen de sus consecuencias”. Pero coincidimos con la Presidenta del Parlamento Andaluz, al afirmar que los débiles serán nuestra prioridad, sin que ello desvíe un ápice nuestra decidida apuesta por el mérito, el conocimiento y la recompensa del esfuerzo como valores primordiales.

Ser más eficientes —es decir, alcanzar nuestros objetivos de forma más rápida y económica— significa también potenciar nuestra Administración Electrónica, que durante este primer trimestre incorporará 25 nuevos procedimientos. Y, sobre todo, exige ser más ágiles en nuestra gestión cotidiana. La limitación de recursos impuesta por la situación económica global y nuestro compromiso de eficacia desde la austeridad, no impide que sigamos reclamando nuevos fondos para la Educación Superior. Si queremos que la Universidad española sea competitiva internacionalmente debe contar con los mismos recursos que sus competidoras. La convergencia académica con Europa, que este año arrancamos, deberá pasar necesariamente por una convergencia económica.

Dije el año pasado, en esta misma ocasión, que los estudiantes constituyen la razón de ser primera y última de la Universidad, y que están en el núcleo mismo de las políticas universitarias, como destinatarios principales de la labor de transmisión del conocimiento, educación en valores cívicos y preparación para el ejercicio de las profesiones intelectuales que forma parte de las funciones esenciales de la institución universitaria.

A nuestros estudiantes quiero reiterarles la más cordial bienvenida al curso que comienza, muy especialmente a quienes se incorporan por vez primera a la Universidad de Sevilla para estudiar en sus Centros. Haremos todos los esfuerzos necesarios para ofrecerles una educación superior de calidad, a la altura de sus expectativas y de la confianza que han depositado en nuestra institución. Seremos especialmente sensibles con los alumnos que estrenan grados europeos y pondremos todo nuestro empeño en trabajar de forma coordinada con otras instituciones para abordar las nuevas pruebas de acceso a la universidad previstas para finales de este año académico.

Cuando hablo de estudiantes me refiero a todos los hombres y mujeres que ocupan nuestras aulas, incluidos los del Centro de Formación Permanente, que este año incorpora a su programa educativo títulos tan atractivos como el Máster de Aeronáutica o el MBA de la Universidad de Sevilla. Incluyo también a nuestros veteranos del Aula de la Experiencia, donde estamos diseñando un proyecto educativo que sirva a los mayores de pasarela para el ingreso en los grados.

También deseo pedirles un esfuerzo de corresponsabilidad a nuestros estudiantes. Vivimos en tiempos de esfuerzos colectivos en los que no deben dilapidarse recursos, porque sería injusto y hasta insultante para los más desfavorecidos. Alcanzaremos la excelencia no sólo por el trabajo de nuestros profesores, la calidad de sus investigaciones o la dotación de equipamiento, sino también por el

compromiso que adquieran nuestros alumnos. Ponemos en vuestras manos, además del saber acumulado de cinco siglos, unas costosas y modernas herramientas para facilitar el aprendizaje. Bolonia desplaza el foco didáctico del profesor que enseña al estudiante que aprende.

Desplazamiento que tampoco supone ninguna novedad, sino que engarza con el auténtico sentido de la Educación Superior. Les pido que pongan atención a la siguiente cita: “En la construcción de la universidad, hay que partir del estudiante, no del saber ni del profesor. La universidad tiene que ser la proyección institucional del estudiante”. Pues bien, esta afirmación de rabiosa actualidad no es de ningún experto en nuevas metodologías docentes, ni de ningún político europeísta, sino que fue formulado por Ortega y Gasset hace casi 80 años en su obra *Misión de la universidad*.

“Hoy es el primer día de un largo viaje”. Así titulaba el periodista sevillano Francisco Correal hace un par de semanas la crónica de apertura de curso en Preescolar, el primer tramo del proceso educativo. Un largo viaje que no finaliza en la Universidad sino que se prolonga durante toda la vida en una espiral continua de formación y aprendizaje permanentes.

Por ese motivo, me van a permitir, como despedida, que sume mi voz a quienes reclaman un consenso generalizado para la construcción de un sistema educativo sólido y permanente, inmune a las tormentas políticas y cimentado sobre la educación pública. Un pacto que englobe todo ese largo trayecto que va desde la guardería al máster, desde preescolar a la formación permanente. La Educación debe ser —es— el primer valor de una sociedad.

Hace más de quinientos años Maese Rodrigo, profesor en Bolonia, puso los cimientos de la Universidad de Sevilla. Con la misma fe en la Educación Superior e idéntica vocación europea que nuestro fundador iniciamos el nuevo curso. Ojalá que a esta fe podamos sumar este curso el entusiasmo de arrancar una nueva y decisiva etapa.

Y termino del mismo modo que el profesor Vázquez Medel recordando que “ya hemos cruzado el Gran Mediodía y [...] tras esta noche oscura [...] vendrá una nueva mañana y nacerá una más alta esperanza”. Con esta esperanza, a todos —profesores, estudiantes y personal de administración y servicios—, os doy la bienvenida y os deseo un feliz año académico.

Por todo ello, y en nombre de su Majestad el Rey, declaro oficialmente inaugurado el curso académico 2009-2010 en la Universidad de Sevilla.